

BELISARIO BETANCUR¹

Alberto Velásquez Martínez*

BELISARIO BETANCUR fue un luchador, un ser auténtico. El último intelectual y humanista que ha ocupado la Jefatura del Estado colombiano. Infatigable trabajador de la reconciliación nacional. Abogado, escritor, periodista, poeta, lector de prosa y poesía. Autor de libros sobre ciencias sociales, económicas, políticas. Su primer libro, *Despierta Colombia*; el último, *Canoa*. Cervantino hasta la medula. Charlista que parecía sacado de alguna de las grandes tertulias madrileñas animadas por la enriquecedora conversación de los escritores españoles de la generación del 98 en el siglo XIX o del 27 el siglo XX. Manejaba el idioma como los clásicos del Siglo de Oro español. Mantenía a flor de labios la historia, la cita o la anécdota precisa para el momento adecuado del escrito o de la conversación. La frase exacta, la glosa o el complemento oportuno para enriquecer el tema que se trataba.

Hombre de inmensa cultura, de prodigiosa memoria. Era un deleite del espíritu escucharlo hablar sobre diversos temas, con esa agilidad mental, con su vasta ilustración, ajena toda petulancia. Leía con la misma fruición a Tomas Carrasquilla que a Nietzsche, encontrando en aquel una curiosa y hasta insólita influencia de éste. Leía a Kafka y a Heidegger con la misma pasión que le ponía a Efe Gómez. Recitaba a Cavafis, a Rilke, a Neruda con igual entusiasmo que lo hacía con los versos de León

1] Conferencia dictada ante la Academia Antioqueña de Historia en sesión solemne celebrada el 12 de octubre de 2023 en el paraninfo de la universidad de Antioquia.

* Abogado, comunicador y escritor. Fue director del periódico El Colombiano, director nacional de Todelar y embajador en la República de Chile. Una de sus libros publicados es Conversaciones, que reúne un conjunto de perfiles con personajes de la vida política, académica y empresarial de Antioquia y del país. También es autor de las obras Perfiles de la Montaña y Miguel de Cervantes Saavedra 1547-1616.



Belisario Betancur en el paraninfo de la Academia Colombiana de la Lengua.

de Greiff y Barba Jacob —los nuestros—, y de Carranza y sus émulos piedracielistas. Amigo de Gabo, de Saramago, de Vargas Llosa, todos ellos premios Nobel de literatura. Cultivó la obra y la memoria de José Asunción Silva con el padrinazgo con que cubrió a la fundación que honra el nombre del poeta suicida. Dividió su amor por la cultura entre la Casa Silva, la Fundación Santillana y el pintoresco pueblo de Barichara. Todos los erigió en santuarios del saber, del diálogo y de la cultura.

Su pasión por los libros. Se podría decir de Belisario, lo mismo que se decía de Cervantes: que leía hasta los impresos viejos que recogía del suelo callejero. Esa pasión por lo escrito, lo llevó a fundar la editorial Tercer Mundo y posteriormente El Navegante Editores. En ellas publicó e impulsó obras y ensayos de consagrados escritores y narradores nacionales

Siempre en sus charlas y conversaciones invitaba a la reflexión; a pensar; a discutir civilizadamente. Había superado sus tiempos de la audacia sectaria, propia de las pasiones juveniles de aquellas épocas de pugnaces luchas partidistas. Se divorcio de los fanatismos de partido para no dejarse extraviar en su madurez de los odios banderizos.

y foráneos, así como de quienes iban despertando en medio del arrullo de los linotipos. Sabía que entre su misión de librero estaba la de dejar correr como ríos, tintas de sabiduría que encierran aquellos textos en donde el lector dialoga con los muertos para revivirlos.

Siempre en sus charlas y conversaciones invitaba a la reflexión; a pensar; a discutir civilizadamente. Había superado sus tiempos de la audacia sectaria, propia de las pasiones juveniles de aquellas épocas de pugnaces luchas partidistas. Se divorcio de los fanatismos de partido para no dejarse extraviar en su madurez de los odios banderizos. Combatió con coraje la única dictadura militar del siglo XX en Colombia hasta sufrir severos castigos que reñían con la dignidad humana. Los soportó con estoicismo y con valor, sin capitalizarlos con el tiempo como un haber para reclamar reconocimientos o piedad.

Belisario Betancur fue un pensador. Repetía con Heidegger: *Nos adentramos en lo que es pensar cuando pensamos nosotros mismos y cada vez más hacemos el intento de pensar como aprendizaje.* Hizo del libre pensamiento una escuela. Comprendía bien que si pensar es existir, también el dudar es vivir. Lo que parecía dogma lo discutía. Comprendía con el filósofo que el hombre es

un ser viviente racional. Practicaba en política el libre examen y por eso buena parte de su periplo político está señalado por las discrepancias. Impregnó la lucha de los partidos en la regencia de la lógica a través de la discusión civilizada, antídoto contra los alegatos tribales. Un espíritu y un talante universal con visión de responsabilidad de país y de acción política.

Como Jefe de Estado —el sexto de sangre antioqueña en el escalafón presidencial del siglo XX—, el país lo recuerda por su escrúpulo y rigor para manejar los bienes públicos. Podía haber dicho como Sancho cuando dejó la gobernación de la ínsula de Barataria: *desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano.* Realizaciones tan importantes como la elección popular de alcaldes, la descentralización fiscal, el proceso de Contadora que llevó la paz a Centroamérica, el plan nacional de rehabilitación, la vivienda social, la universidad abierta y a distancia. El manejo exitoso de la crisis de la deuda externa, enmarcada en la llamada Década Perdida al lograr que Colombia fuera el único país de la región que honrara sus compromisos con los acreedores financieros, todo eso, evidencias de su visión inteligente y responsable en la conducción de las políticas en búsqueda de la paz social y del respeto internacional.

Pero también lo signó el drama, lleno de vicisitudes. El auge del narcotráfico con toda su secuela de dolor y terror. El holocausto del Palacio de Justicia, prueba que soportó en su despacho presidencial afrontando quizá lo que su íntimo amigo y ministro Bernardo Ramírez llamó *golpe técnico de Estado* y en medio de lo que su amigo Mejía Vallejo llamara la soledumbre, esa soledad con pesadumbre. Además, el asesinato de su ministro de justicia Rodrigo Lara, la tragedia de Armero, el terremoto de Popayán, la catástrofe del avión de Avianca en Madrid, que traía a un grupo de intelectuales españoles y franceses invitados por su gobierno y que encabezaba Marta Traba. Creemos, con García Márquez, que sí logró sortear esas y otras crisis, *no fue solo por su hígado de político, que lo tiene y muy bien puesto, sino por el poder sobrenatural de los poetas para asumir la adversidad.*

Tuvo la virtud, tan escaza en el universo político protagonizado por asfixiantes energúmenos, de no aplicar en su gobierno el espejo retrovisor para cargar errores de su mandato a la mala herencia dejada por sus antecesores. Sabía asumir sus riesgos y

sus responsabilidades con dignidad sin buscar disculpas personales en las gestiones de sus anteriores pares. Fue su protagonista el de hombre sereno y hasta estoico.

Demócrata a toda prueba. Tuvo el valor de suspender la vigencia del llamado Estatuto de Seguridad, legislación draconiana que originó excesos de fuerza para golpear a intelectuales libres y ciudadanos de bien. Entendía que un Estado fuerte se ejerce en democracia, con vigencia de la Constitución, de la ley, de los derechos humanos y de los pesos y contrapesos institucionales. Lo contrario es un Estado atrabiliario, regido por el déspota en el marco de la autocracia.

En su cuatrienio inició una campaña de moralización en los agentes económicos que llevó al arresto de los altos funcionarios del Banco del Estado y del Grupo Grancolombiano. Para él, la corrupción no tenía grados sociales ni patentes de corso. Obrero de la reconciliación nacional, su empeño en conseguir la concordia encontró enemigos agazapados en su propio gobierno que le sabotearon sus anhelos de paz. Duras experiencias, penitencias en el ejercicio del poder.

En España, cuando le dieron en Oviedo el Premio Príncipe de Asturias como gestor de la Concordia en Centroamérica, 1984, habló de ese acierto, pero con la esperanza angustiante de que su país la lograra algún día. Y ese día sigue cada vez más lejano, lo decimos hoy con melancolía en este sagrado recinto del diálogo y la reflexión de nuestra Alma Mater. Resaltó en Oviedo, corazón de la Asturias española, la reivindicación de la América hispana y mestiza como yuxtaposición para lograr el milagro racial de lo que el pensador Vasconcelos llamara la raza Cósmica, utopía de la América mestiza. Antes de Asturias, en la Asamblea General de la ONU en Nueva York, había impresionado a los asambleístas, al recordar que era hijo del subdesarrollo, que vio de cerca la cara del hambre e hizo toda clase de oficios para sobrevivir, declarándose sobreviviente de esa grave enfermedad que es el atraso... También, como decía Gabo, tuvo su segunda oportunidad de los seres sobre la tierra, la que miles de compatriotas aún no han podido tener.

En el año 2013 vino a Santa Fe de Antioquia a abrir el prólogo de las celebraciones del segundo centenario de la independencia de la región paisa de España. Antes de aterrizar el

helicóptero en la Ciudad Madre, pidió sobrevolar lo que comenzaba a ser la represa de Hidroituango, obra de la que se sentía orgulloso como antioqueño. Tiempo después en una conversación telefónica para agradecer el envío de un libro sobre la influencia cervantina en América y Colombia, preguntaba si la construcción de la represa iría a llegar a su feliz término. Nos decía que era el examen de la ingeniería antioqueña para acallar algunos prejuicios que se anidaban en los altos nichos de las águilas capitalinas.

En el Museo Juan del Corral de la antigua capital de Antioquia, rodeado de alcaldes de municipios del Occidente antioqueño, disertó sobre la importancia del Acto Emancipador de hace 210 años, de su contenido ideológico y del ejemplo que fue para enseñar a pensar y a obrar con libertad dentro del orden. Luego en el diálogo establecido con no pocos de los asistentes al acto, desgranaba recuerdos sobre los orígenes en la modelación de la estirpe antioqueña. Enamorado de las montañas y de sus ríos. De la tenacidad del campesino, del temple de los arrieros y las angustias y derechos de los trabajadores. Ya en el Hotel Mariscal, en la antigua capital de Antioquia, en el almuerzo privado con reducidos contertulios contó historias y leyendas y en fascinante sobremesa, evocó autores que con su pluma supieron honrar la ciudad de Robledo. Evadió con sutil maestría temas relacionados con la actividad política del momento. Había ceñido a su vocación de antiguo militante partidista, el cordón de castidad política, el mismo que los sabios presidentes se amarran cuando la función termina. Con razón decía y lo repetía que seguramente no fue el mejor presidente, pero sí el mejor expresidente. Comprendía que estaba en la edad y en la hora *en que las cosas brillan más*, al decir del maestro Guillermo Valencia.

Allí, en la ciudad Madre confirmó la sentencia del personaje/genial de Aracataca: *Belisario Betancur, no fue en realidad un gobernante que amaba la poesía, sino un poeta a quien el destino le impuso la penitencia del poder*. Era el mismo García Márquez que había encabezado uno de los homenajes, que le llegó hasta el hondón del alma Belisario, cuando se le reconoció su labor intelectual en sus setenta años de vida. Los escritores colombianos le decían a este orfebre del libro: *exaltamos sus espléndidas condiciones de hombre y de amigo, reconocer su vocación de estudioso de la*

cultura en sus diferentes expresiones del arte y la literatura. Acompañaron a Gabo en ese reconocimiento, Álvaro Mutis, Eduardo Caballero Calderón, Germán Arciniegas, Jaime Jaramillo Uribe, Maruja Vieira, Antonio Caballero, Meira del Mar, Manuel Mejía Vallejo, Alvaro Tirado Mejía entre otros intelectuales y escritores.

Belisario Betancur hizo de la palabra, y en el principio era el verbo, su mejor aliado. Sabía con Octavio Paz, *que los hombres somos hijos de la palabra*. Ella, agregaba el nobel mexicano, *es nuestra creación, también nuestra creadora. Sin ella no seríamos hombres*. Era la palabra el deleite de escuchar a Betancur, la palabra, que defendía Marco Fidel Suarez al vaticinar que: *los pueblos no se acaban sino cuando su lengua acabe porque la palabra es el hombre y la lengua la patria*. La pulió entre el pensamiento, los libros y los diálogos. Sostenía que: *la palabra con el libro y la lectura nos llenan de amor y de compañía. Son el antídoto contra la soledad y contra el odio*.

Belisario se definió en una bella confesión, como *un campesino*. Un campesino que se gozó la niñez trepada en una locomotora que conducía progreso, y una juventud bohemia confesada de la mano de Neruda en su libro, *Confieso que he vivido: En el fondo* —decía Betancur—, *sigo siendo un campesino que quería ser tipógrafo, poeta, librero*. Un librero que llegó a ser presidente, un profesor untado con la tiza de las aulas, un periodista impregnado con la tinta de los talleres de imprenta, un escritor y hacedor de libros, a ratos abogado o político en trance de conseguir un mandato del pueblo o diplomático para llevar por el mundo las fortalezas, los encantos y también las inocultables frustraciones de su país. Fundamentalmente un hombre de palabra y de palabras, un artesano del verbo que se deleitaba y deleitaba con su verbo pausado y sin estridencia. Con esa palabra, leída y conversada, paso la mayor parte de sus vigiliass y en el ejercicio dialectico con sus amigos. Una vida alrededor del linotipo y la galera, de libro y del palique, del aula y de foro, una vida llena de diálogo, llena de aprendizajes que no termina. *Soy un sentimental, nunca dejé de serlo, a quien le duele la patria, le duele verla escarncida, vilipendiada, destrozada. Al mismo tiempo soy un sentimental que ama a su patria, como ella sea y donde ella este, en su gente, en sus mares, en sus ríos, en sus suelos, y en sus cielos. Si entristecida para*

consolarla y llenarla de solidaridad y de alegría, si agraviada, para restituirla y colmarla de amor. Esto es lo que anhelo que sintamos todos los colombianos.

En el texto *Declaración de amor del modo de ser antioqueño*, confirma su antioqueñidad. Con Antioquia, decía, *me pasa lo que a todos con las cosas más cercanas y amadas: cuanto más cercanas y amadas, cuanto más sea el amor, más difícil es expresarlo*. A cada momento le declaraba su afecto y le juraba su devoción. La misma predilección por la tierra natal que lo llevó a convencer al universal artista paisa Fernando Botero para que no marchitara su amor y generosidad por Medellín, cuando el terrorismo del narcotráfico dinamitó su escultura *La Paloma de la Paz*. Ambos fueron personajes siameses en su altruismo. El artista donando parte de su obra en pincel y cincel a Antioquia. El expresidente entregando sus veinte mil y más volúmenes de su biblioteca, a su Universidad Pontificia Bolivariana y encimando a la región, la creación de Teleantioquia, primer canal de televisión regional de Colombia.

Hizo de la Casa de Nariño un palacio de la cultura. No solo para que de allí salieran recursos que la impulsa o nombramientos de intelectuales para que complementaran la nómina del servicio diplomático, sino para recordar las grandes tertulias que se movían en el Café Automático, en el Windsor, en el Hotel Granada bogotano. Invitaba a escritores, pensadores, poetas, artistas de la música y de la pintura a dialogar, a crear cultura, ese atributo que *es lo último que nos queda cuando se nos ha olvidado o arrebatado todo*. Forró las frías paredes de la casa de los presidentes con pinturas de los grandes artistas y pintores nacionales. Supo combinar y conciliar aquel concepto excluyente de que: *si la política es poesía, el ejercicio del gobierno es prosa*.

En una de sus últimas venidas a la región paisa, tuvimos la fortuna de acompañarlo a su regreso a Bogotá. Quiso hacerlo por la carretera del Escobero de Envigado. Surcando la montaña

Hizo de la Casa de Nariño un palacio de la cultura. No solo para que de allí salieran recursos que la impulsa o nombramientos de intelectuales para que complementaran la nómina del servicio diplomático, sino para recordar las grandes tertulias que se movían en el Café Automático, en el Windsor, en el Hotel Granada bogotano. Invitaba a escritores, pensadores, poetas, artistas de la música y de la pintura a dialogar, a crear cultura, ese atributo que *es lo último que nos queda cuando se nos ha olvidado o arrebatado todo*.

evocaba pasajes y paisajes de juventud. Recordaba páginas de Efe Gómez, Carrasquilla, De Greiff, Barba Jacob, Manuel Mejía. Recitaba trovas de Ñito Restrepo. Evocaba poetas de la tierra de su época moceril como Hernando Rivera Jaramillo, Edgar Poe Restrepo. Relataba anécdotas y los lugares de bohemia en el viejo barrio de Guayaquil que en su momento fuera uno de los motores por darle vida al emprendimiento de los paisas. En el camino en una fonda que revivió su bohemia de adolescente, compró arepas para llevarlas a un grupo de amigos antioqueños bogotanzados, *para que no olvidaran sus raíces.*

Era un paisa de hablar pausado, que por más emociones que llegaran del trayecto del cerebro a la boca, nunca se dejó llevar de arrebatos literarios almibarados. Con acento arzobispal, el mismo que con guasa le hizo exclamar a García Márquez que de haber cristalizado su vocación sacerdotal, no había duda de que habríamos tenido en Betancur al primer papa colombiano, recibía con auténtica naturalidad y generosidad a quienes lo visitaban para recibir consejos, escuchar opiniones, y repetir párrafos de bellas prosas o de exquisitas armonías poéticas.

Fue miembro de las academias colombianas de la Lengua, de Historia, de Jurisprudencia; de la Academia de Ciencias Sociales del Vaticano y del Consejo Pontificio de Justicia y Paz. Honró la jefatura del Estado. Su amor por Colombia fue inmenso. Y como bien lo resumió alguno de sus paisanos cuando falleció: *representó mejor que nadie la ética de la renuncia y la estética del silencio.*

En sus últimos días se encerró en sus libros escogidos. En esos mejores amigos que según Belisario Betancur, puede tener el hombre *porque son silenciosos cuando no se les inquiere, elocuentes cuando se les pregunta, sabios cuando se les pide consejos, fieles porque nunca venden un secreto de quien los trata, regocijados con el alegre, piadosos con el dolorido, humildes, que nada piden ni ambicionan y por ocupar poco espacio en los estantes.* Con ellos se retiró en sus días finales del mundanal ruido. Y pudo exclamar con Quevedo y Villegas:

*retirado en la paz destes desiertos
con pocos, pero doctos libros juntos
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.*

Siguió las huellas de su admirado Alberto Lleras cuando éste dejó como legado que sus honras fúnebres estuvieran apartadas de la teatralidad con que se entierran los despojos de los jefes de Estado. El cadáver de Belisario fue velado en la Academia Colombiana de la Lengua. Con la diferencia de que Lleras Camargo no quiso ceremonia religiosa alguna para despedirlo de esta vida mortal a la eterna, y Belisario en modesta iglesia no catedralicia, oyó desde la eternidad música de Bach y canción de su tierra paisa que le hacía recordar en su espíritu transcendente, su casita blanca recostada a la montaña desde donde salió para enrolarse en los contingentes del saber que lo llevaron a ejercer el primer empleo que da la democracia a sus destacados hijos. Auténtico hasta en el último soplo de vida.

Si algún epitafio pudiera colocarse como fachada de su tumba, sería el esculpir las palabras de Winston Churchill en la muerte de Chamberlain: *La única guía del hombre es su conciencia, el único escudo de su memoria, la rectitud y la sinceridad de sus actos.*

